



Amar la Cruz

Plinio Corrêa de Oliveira



Amar la Cruz

*Meditaciones para la
Cuaresma y Semana Santa*

Plinio Corrêa de Oliveira

TRADICIÓN FAMILIA PROPIEDAD

**Con la debida licencia
Arzobispado de Lima
22 de febrero de 2001**

Portada: Ilustración del cuarto misterio doloroso del Santo Rosario, por José Roberto Dias Tavares

© Asociación Santo Tomás de Aquino

1ª edición, marzo 2001

3.000 ejemplares

Fotolitos e Impresión: Friba S.A.

PRESENTACIÓN

***P**LINIO CORRÊA DE OLIVEIRA (1908-1995), figura sobresaliente del laicado católico en el siglo XX, ha dejado una fecunda obra intelectual, de la que hacen parte, al lado de célebres libros ampliamente difundidos, una vasta colección de miles de artículos periodísticos sobre los asuntos más diversos, escritos a lo largo de más de 60 años.*

Como apóstol seglar, poseedor de una Fe firme y vibrante de fuerza comunicativa, trataba con profunda piedad e incomparable brillo las materias relacionadas con la Pasión

de Nuestro Señor Jesucristo, ya fuera al dirigirse al gran público como a sus más cercanos seguidores.

Y no era para menos, pues los episodios culminantes de la Redención lo conmovían profundamente y le excitaban el deseo ardiente de reparar ofensa tan grande.

Esta devoción a la Pasión de Cristo era inseparable de su entrañada veneración al Inmaculado Corazón de María.

No siendo posible –en los exiguos límites de esta obra– transcribir todos los artículos que sobre esta materia escribió para los periódicos brasileños «El Legionario» y «Catolicismo», hemos realizado una difícil selección, con el propósito de que los adherentes de la campaña «El Perú necesita de Fátima», así como el público católico en general, se beneficie al menos con algunas muestras de esta faceta del incomparable y añorado profesor Plinio Corrêa de Oliveira.

Los Editores

Domingo de Ramos

(«El Legionario», N° 447, 6/04/1941)

UN DEFECTO que disminuye frecuentemente la eficacia de las meditaciones que hacemos, consiste en meditar los hechos de la vida de Nuestro Señor sin hacer ninguna aplicación a lo que sucede en nosotros o a nuestro alrededor. Así, nos sorprende la versatilidad e ingratitud de los judíos, ya que éstos, después de proclamar con la más solemne recepción el reconocimiento que debían al Salvador, poco después lo crucifican con un odio que a muchos llega a parecer inexplicable.

Sin embargo, esa ingratitud y esa versatilidad no existieron solamente en los judíos de los tiempos de la existencia terrena de Nuestro Señor. Aún hoy, ¡en el corazón de cuántos fieles

tiene Nuestro Señor que soportar esas alternativas de adoraciones y de vituperios! Y esto no sucede únicamente en la intimidad, en general inescrutable, de las conciencias. ¿En cuántos países, Nuestro Señor ha sido sucesivamente glorificado y ultrajado, en cortos intervalos de tiempo?

No empleemos nuestro tiempo exclusivamente en horrorizarnos delante de la perfidia del pueblo deicida. Para nuestra salvación nos será utilísimo reflexionar sobre nuestra propia perfidia. Puestos los ojos en la bondad de Dios, podremos así, conseguir la enmienda de nuestra vida.

NADIE IGNORA que el pecado es un ultraje hecho a Dios. Quien peca mortalmente expulsa a Dios de su corazón, rompe con Él las relaciones filiales que le debemos como criaturas, y repudia la gracia.

Así, hay una marcada analogía entre el gesto de los judíos, matando al Redentor, y nuestra situación cuando caemos en pecado mortal.

En efecto, ¡cuántas y cuántas veces, después de haber glorificado a Nuestro Señor ardentemente, por nuestros actos o al menos des-

pués de haber tomado con los labios aires de quien lo glorifica, caemos en pecado y lo crucificamos en nuestro corazón!

Lo mismo se da con muchas naciones contemporáneas. Realizan manifestaciones católicas imponentes, en que glorifican públicamente a Nuestro Señor. Al mismo tiempo, los estadistas por ellas mantenidos en el poder traman, ora en silencio, ora de manera apenas disfrazada, ¡la ruina de las instituciones católicas y la demolición de la civilización contemporánea, en sus lineamientos aún católicos! Así, mientras tales católicos proclaman su amor a la Iglesia de Cristo, por su negligencia, por su tibieza, por su indiferencia, permiten que la Iglesia sea lentamente maniatada, que su influencia sea sabiamente solapada, que su actividad sea engañosamente coartada, a fin de que, el día en que suene la hora del ataque violento la reacción se haya tornado enteramente imposible.

Evidentemente, pueblos como esos, después de haber aclamado a Nuestro Señor como Rey o mientras lo hacían, preparaban persecuciones y tristezas que poco diferían de la grande y divina tragedia de Semana Santa.

GRACIAS A DIOS, sin embargo, no es sólo la versatilidad y la perfidia de los judíos lo que sobrevive en nuestros días. También se encuentran –y cómo son conmovedores– gestos que recuerdan de modo irresistible la piedad, tan dulce hacia Cristo y tan audaz frente a sus perseguidores, de la Verónica.

Si es cierto que nuestra época se caracteriza por grandes e inesperadas defecciones, no es menos cierto que el historiador verá en ella, en el futuro, una época de grandes santos, admirables por la virtud de la fortaleza, de la prudencia, de la templanza y de la justicia, de las cuales el mundo parece tan radicalmente olvidado.

Nuestro Señor, indudablemente, es muy ultrajado en nuestros días. Seamos nosotros algunas de aquellas almas reparadoras que, si no por el brillo de nuestra virtud, al menos por la sinceridad de nuestra humildad –humildad inteligente, razonable, sólida, y no sólo humildad de palabrerío sonoro y cuello torcido– reparemos en estos días santos, junto al trono de Dios, tantos ultrajes que, incesantemente, le son infligidos. ❖

Reflexiones durante la Semana Santa

(«El Legionario», N° 764, 30/03/1947)

LA VERDADERA PIEDAD debe impregnar toda el alma humana, y, por tanto, también debe despertar y estimular la emoción. Pero la piedad no es sólo emoción, y ni siquiera es principalmente emoción. La piedad brota de la inteligencia, seriamente formada por un cuidadoso de la doctrina cristiana, por un conocimiento exacto de nuestra Fe, y, por tanto, de las verdades que deben regir nuestra vida interior. La piedad reside también en la voluntad. Debemos querer seriamente el bien que conocemos. No nos basta, por ejemplo, saber que Dios es perfecto. Necesitamos amar la perfección de Dios, y, por tanto, debemos desear para nosotros algo de esa perfección: es el ansia de santidad.

No hay verdadero amor sin sacrificio

“**D**ESEAR” no significa apenas sentir veleidades vagas y estériles. Sólo queremos seriamente algo, cuando estamos dispuestos a todos los sacrificios para conseguir lo que queremos. Así, sólo queremos seriamente nuestra santificación y el amor de Dios, cuando estamos dispuestos a todos los sacrificios para alcanzar esta meta suprema. Sin esa disposición, todo el “querer” no es sino ilusión y mentira. Podemos tener la mayor ternura en la contemplación de las verdades y misterios de la Religión: pero si de ahí no sacamos resoluciones serias, eficaces, de nada valdrá nuestra piedad.

Es lo que especialmente se debe decir en los días de la Pasión de Nuestro Señor. No nos vale apenas acompañar con ternura los varios episodios de la Pasión. Esto sería excelente; sin embargo, no sería suficiente. Debemos dar a Nuestro Señor, en estos días, pruebas sinceras de nuestra devoción y amor.

Estas pruebas, las damos cuando tenemos el propósito de enmendar nuestra vida y de luchar con todas las fuerzas por la Santa Iglesia

Católica, Apostólica, Romana.

La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo. Cuando Nuestro Señor interpeló a San Pablo, en el camino de Damasco, le preguntó: “*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*” Saulo perseguía a la Iglesia. Nuestro Señor le decía que era a Él mismo a quien Saulo perseguía.

La Pasión de Cristo en nuestros días

SI PERSEGUIR a la Iglesia es perseguir a Jesucristo, y si hoy también la Iglesia es perseguida, hoy Cristo es perseguido. La Pasión de Cristo se repite de algún modo también en nuestros días.

¿Cómo se persigue a la Iglesia? Atentando contra sus derechos o trabajando para apartar de Ella a las almas. Todo acto por el cual se aparta de la Iglesia un alma, es un acto de persecución a Cristo. Toda alma es, en la Iglesia, un miembro vivo. Arrancar un alma a la Iglesia es arrancar un miembro al Cuerpo Místico de Cristo. Arrancar un alma a la Iglesia es hacer con Nuestro Señor, en cierto sentido, lo mismo que harían con nosotros si nos arrancasen la niña de los ojos.

Si queremos, pues, condolernos con la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, meditemos sobre lo que El sufrió por mano de los judíos, pero no nos olvidemos de todo cuanto aún hoy se hace para herir al Divino Corazón.

Y esto tanto más cuanto Nuestro Señor, durante su Pasión, previó todo cuanto pasaría después. Previo, pues, todos los pecados de todos los tiempos, y también los pecados de nuestros días. El previó nuestros pecados, y por ellos sufrió anticipadamente. Estuvimos presentes en el Huerto como verdugos, y como verdugos seguimos paso a paso la Pasión hasta lo alto del Gólgota.

* * *

Arrepintámonos, pues, y lloremos.

La Iglesia, sufridora, perseguida, vilipendiada, ahí está a nuestros ojos indiferentes o crueles. Ella está delante de nosotros como Cristo delante de la Verónica. Condolámonos con sus padecimientos. Con nuestro cariño, consolemos a la Santa Iglesia de todo cuanto sufre. Podemos estar seguros de que, con esto, estaremos dando al propio Cristo una consolación idéntica a la que le dio la Verónica.

Incredulidad culpable

COMENCEMOS por la Fe. Ciertas verdades referentes a Dios y a nuestro destino eterno, podemos conocerlas por la simple razón. Otras, las conocemos porque Dios nos las enseñó. En su infinita bondad, Dios se reveló a los hombres en el Antiguo y Nuevo Testamento, enseñándonos no solamente lo que nuestra razón no podía descubrir, sino además muchas verdades que podríamos conocer racionalmente, pero que por culpa propia la humanidad ya no conocía de hecho. La virtud por la cual creemos en la Revelación es la Fe. Nadie puede practicar un acto de Fe, sin el auxilio sobrenatural de la gracia de Dios. Esa gracia, Dios la da a todas las criaturas y, en abundancia torrencial, a los miembros de la Iglesia Católica. Esta gracia es la condición para su salvación. Nadie llegará a la eterna bienaventuranza, si rechaza la Fe. Por la Fe, el Espíritu Santo habita en nuestros corazones. Rechazar la Fe es rechazar al Espíritu Santo, es expulsar del alma a Jesucristo.

Veamos ahora, en nuestro entorno, cuántos católicos rechazan la Fe. Fueron bautizados,

pero en el curso del tiempo perdieron la Fe. La perdieron por culpa propia, porque nadie pierde la Fe sin culpa, y culpa mortal. Helos aquí, indiferentes u hostiles, piensan, sienten y viven como paganos. ¡Son nuestros parientes, nuestros prójimos, quizá nuestros amigos! Su desgracia es inmensa. Indeleble está en ellos la señal del Bautismo. Están marcados para el Cielo, y caminan para el infierno. En su alma redimida, la aspersión de la Sangre de Cristo está marcada. Nadie la apagará. Es de cierto modo la propia Sangre de Cristo que ellos profanan cuando en esta alma rescatada se acogen principios, máximas, normas contrarias a la doctrina de la Iglesia. El católico apóstata tiene alguna cosa de análogo al sacerdote apóstata. Arrastra consigo los restos de su grandeza, los profana, los degrada y se degrada con ellos. Pero no los pierde.

¿Y nosotros? ¿Nos importa esto? ¿Sufriremos con esto? ¿Rezamos para que estas almas se conviertan? ¿Hacemos penitencias? ¿Hacemos apostolado? ¿Dónde está nuestro consejo? ¿Dónde está nuestra argumentación? ¿Dónde está nuestra caridad? ¿Dónde está nuestra altiva y enérgica defensa de las verdades que ellos

niegan o injurian?

El Sagrado Corazón sangra con esto. Sangra por su apostasía y por nuestra indiferencia. Indiferencia doblemente censurable, porque es indiferencia para con nuestro prójimo y sobre todo indiferencia para con Dios.

Unos conspiran, otros duermen...

¿**C**UÁNTAS ALMAS en el mundo entero van perdiendo la Fe? Pensemos en el incalculable número de periódicos impíos, radioemisoras impías [¡la televisión de hoy!], de los que diariamente se llena el orbe. Pensemos en los innumerables obreros de Satanás que, en las cátedras, en el seno de la familia, en los lugares de reunión o de diversión, propagan ideas impías. De todo este esfuerzo, ¿quién ha de admitir que nada resulte? Los efectos de todo esto están delante de nosotros. Diariamente las instituciones, las costumbres, el arte, se van descris-tianizando, indicio incontestable de que el propio mundo se va perdiendo para Dios.

¿No habrá en todo esto una gran conspiración? Tantos esfuerzos, armónicos entre sí, uniformes en sus métodos, en sus objetivos, en su

desarrollo, ¿serán mera obra de coincidencias? ¿Dónde y cuando, intenciones desarticuladas produjeron articuladamente la más formidable ofensiva ideológica que la Historia conoce, la más completa, la más ordenada, la más extensa, la más ingeniosa, la más uniforme en su esencia, en sus fines, en su evolución?

No pensamos en esto. No percibimos esto. Dormimos en la modorra de nuestra vida de todos los días. ¿Por qué no somos más vigilantes? La Iglesia sufre todos los tormentos, pero está sola. Lejos, bien lejos de Ella susurramos. Es la escena del Huerto que se repite.

Para decirlo por entero, la Iglesia nunca tuvo tantos enemigos y, paradójicamente, nunca tuvo tantos “amigos”. Oigamos a los espiritistas: dicen que no promueven ninguna guerra hacia la religión, y menos aún al catolicismo que a cualquier otra. Sin embargo, la vida de todos ellos, comunistas, espiritistas, protestantes, ¿no es desde la mañana hasta la noche otra cosa, sino una conspiración contra la Iglesia? Ellos también tienen los labios prontos para el ósculo, aunque en su mente ya hayan decidido hace mucho tiempo exterminar a la Iglesia de Dios.

La tibieza y el amor de Dios

¿Y ENTRE NOSOTROS? Gracias a Dios, esta Fe que tantos combaten, persiguen, traicionan, nosotros la poseemos.

¿Qué uso hacemos de ella? ¿La amamos? ¿Comprendemos que nuestra mayor ventura en la vida consiste en ser miembros de la Iglesia, que nuestra mayor gloria es el título de cristiano?

En caso afirmativo –y cuán pocos son los que podrían en sana conciencia responder afirmativamente– ¿estamos dispuestos a todos los sacrificios para conservar la Fe?

No digamos, en un asomo de romanticismo, que sí. Seamos positivos. Veamos fríamente los hechos. No está junto a nosotros el verdugo que nos va a colocar en la alternativa de la cruz o de la apostasía. Pero todos los días, la conservación de la Fe exige de nosotros sacrificios. ¿Los hacemos?

¿Cuán exacto será decir que, para conservar la Fe, evitamos todo lo que la puede poner en riesgo? ¿Evitamos las lecturas que la pueden ofender? ¿Evitamos las compañías con las cuales está expuesta a riesgo? ¿Buscamos los am-

bientes en los cuales la Fe florece y echa raíces? ¿O, a cambio de placeres mundanos y pasajeros, vivimos en ambientes en que la Fe se deteriora y amenaza caer en ruinas?

Todo hombre, por el propio hecho del instinto de sociabilidad, tiende a aceptar las opiniones de otros. En general, hoy en día, las opiniones dominantes son anticristianas. Se piensa contrariamente a la Iglesia en materia de filosofía, de sociología, de historia, de ciencias positivas, de arte, de todo en fin. Nuestros amigos siguen la corriente. ¿Tenemos el coraje de divergir? ¿Resguardamos nuestro espíritu de cualquier infiltración de ideas erradas? ¿Pensamos como la Iglesia en todo y por todo? ¿O nos contentamos negligentemente en ir viviendo, aceptando todo cuanto el espíritu del siglo nos inculca, y simplemente porque él nos lo inculca?

Es posible que no hayamos arrojado a Nuestro Señor de nuestra alma. Pero, ¿cómo tratamos a este Divino Huésped? ¿Es Él el objeto de todas las atenciones, el centro de nuestra vida intelectual, moral y afectiva? ¿O, simplemente, existe para Él un pequeño espacio donde se lo tolera, como huésped secundario, aburrido, un

tanto inoportuno?

Cuando el Divino Maestro gimió, lloró, sudó sangre durante la Pasión no lo atormentaban apenas los dolores físicos, ni sólo los sufrimientos ocasionados por el odio de los que en aquel momento lo perseguían. También lo atormentaba todo cuanto contra Él y la Iglesia haríamos en los siglos venideros. Lloró por el odio de todos los malos, de todos los Arrios, Nestorios, Luteros, pero lloró también porque veía delante de sí al cortejo interminable de las almas tibias, de las almas indiferentes, que sin perseguirlo no lo amaban como debían.

Es la falange incontable de los que pasaron la vida sin odio y sin amor, los cuales –según Dante– quedaban fuera del infierno, porque ni en el infierno había un lugar adecuado para ellos.

¿Estamos nosotros en este cortejo?

He ahí la gran pregunta a la que, con la gracia de Dios, debemos dar respuesta en los días de recogimiento, de piedad y de expiación en que ahora debemos entrar. ❖

Via Crucis
Oración Preparatoria

Oh Madre dolorosa,
en estos tiempos en que la
inmensa mayoría de los
hombres huye del sacrificio
inherente al perfecto
cumplimiento de todos los
mandamientos y consejos
de vuestro Divino Hijo,
obtened para todos aquellos
que mediten en este
«*Via Crucis*» la fortaleza
necesaria para que cada uno
cargue su cruz hasta lo alto
del Calvario.

Via Crucis

(«El Legionario», N° 558, 18/04/1943)

PLINIO CORRÊA DE OLIVEIRA



I Estación

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

CONSPIRARON CONTRA VOS, Señor, vuestros enemigos. Sin gran esfuerzo, amotinaron al populacho ingrato, que ahora hierve de odio contra Vos. Odio. Es lo que por todas partes os circunda, os envuelve como una nube densa, se lanza contra Vos como un oscuro y frío vendaval. Odio gratuito, odio furioso, odio implacable: que no se sacia en humillaros, en saturaros de oprobios, en llenaros de amargura; vuestros enemigos os odian tanto, que ya no soportan vuestra presencia entre los vivos, y quieren vuestra muerte. Quieren que desaparezcáis para siempre, que enmudezca el lenguaje de vuestros ejemplos y la sabiduría de vuestras enseñanzas. Os quieren muerto, aniquilado, destruido. Sólo así habrán aplacado el

torbellino de odio que en sus corazones se levanta.

Siglos incluso antes que nacierais, ya el Profeta preveía ese odio que suscitaría la luz de las verdades que anunciaríais, el brillo divino de las virtudes que tendríais: “¿Pueblo mío, qué te hice Yo, en qué por ventura te he con-tristado?” (Miq. 6, 3). E interpretando vuestros sentimientos, la Sagrada Liturgia exclama a los infieles de entonces y de hoy: “¿Qué más debía Yo haber hecho por ti, y no lo hice? Yo te planté como viña escogida y preciosa: y tú te convertiste en excesiva amargura para Mí; vinagre me diste a beber en mi sed, y traspasasteis con una lanza el costado de tu Salvador” (Improperios).

Tan fuerte fue el odio que contra Vos se levantó, que la propia autoridad de Roma, que juzgaba al mundo entero, se abatió acobardada, retrocedió y cedió ante el odio de los que sin causa alguna os querían matar. La altivez romana, victoriosa en el Rin, en el Danubio, en el Nilo y en el Mediterráneo, se ahogó en el lavabo de Pilatos.

“*Christianus alter Christus*”, el cristiano es otro Cristo. Si fuésemos realmente cristianos, esto es realmente católicos, seremos otros Cristos. E, inevitablemente, el torbellino del odio que contra Vos se levantó, también contra nosotros ha de soplar furiosamente.

¡Y sopla, Señor! Compadecednos, Dios mío, y dadle fuerzas al pobre niño de colegio, que sufre el odio de sus compañeros porque profesa vuestro Nombre y se rehúsa a profanar la inocencia de sus labios con palabras de impureza. Odio, sí. Tal vez no el odio bajo la forma de una invectiva desabrida y feroz, sino bajo la forma terrible del escarnio, del aislamiento, del desprecio. Dadle fuerzas, Dios mío, al estudiante que vacila en proclamar vuestro Nombre en plena aula, a la vista de un profesor impío y de un enjambre de colegas que se mofa. Dadle fuerzas, Dios mío, a la joven que debe proclamar vuestro Nombre, rehusándose a vestir los trajes que la moda impone, desde que por su extravagancia o inmoralidad desentonan de la dignidad de una verdadera católica. Dadle fuerzas, Dios mío, al intelectual que ve

cerrarse delante de sí las puertas de la notoriedad y de la gloria, porque predica vuestra doctrina y profesa vuestro Nombre. Dadle fuerzas, Dios mío, al apóstol que sufre la embestida inclemente de los adversarios de vuestra Iglesia, y la hostilidad mil veces más penosa de muchos que son hijos de la luz, sólo porque no consiente en las diluciones, en las mutilaciones, en las unilateralidades con que los “prudentes” compran la tolerancia del mundo para su apostolado.

Ah, Dios mío, ¡cómo son sabios vuestros enemigos! Ellos sienten que en el lenguaje de esos “prudentes”, lo que se dice en las entrelíneas es que Vos no odiáis el mal, ni el error, ni las tinieblas. Y entonces aplauden a los prudentes según la carne, como os aplaudirían en Jerusalén, en lugar de mataros, si hubieseis dirigido a los del Sanedrín el mismo lenguaje.

Señor, dadnos fuerzas: no queremos ni pactar, ni retroceder, ni transigir, ni diluir, ni permitir que empalidezca en nuestros labios la divina integridad de vuestra doctrina. Y si un diluvio de impopularidad se abate sobre

nosotros, sea siempre nuestra oración la de la Sagrada Escritura: “*Preferí ser abyecto en la casa de mi Dios, a vivir en la intimidad de los pecadores*” (Salmos, 83, 11).

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



II Estación

JESÚS ACEPTA LA CRUZ

DE MANOS DE SUS VERDUGOS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

PERO PARA ESTO, Señor, es necesario paciencia. Paciencia por la cual se deja, de brazos cruzados y de corazón conformado, caer el diluvio sobre la propia cabeza. Paciencia es

la virtud por la cual se sufre para un bien mayor. Paciencia es, pues, la capacidad de sufrir para el bien. Necesita de paciencia el enfermo que, golpeado por un mal incurable, acepta resignado el dolor que él le impone. Necesita de paciencia aquel que se inclina sobre los dolores ajenos, para consolarlos como Vos consolasteis, Señor, a los que os buscaban. Necesita de paciencia quien se dedica al apostolado con invencible caridad, atrayendo amorosamente a Vos a las almas que vacilan en las sendas de la herejía o en el lodazal de la concupiscencia. Necesita también de paciencia el cruzado que toma la cruz y va a luchar contra los enemigos de la Santa Iglesia. Es un sufrimiento tomar la iniciativa de la lucha, formar y mantener en pie dentro de sí sentimientos de pugnacidad, de energía, de combatividad, vencer el indiferentismo, la mediocridad, la pereza, y lanzarse como un digno discípulo de Aquel que es el León de Judá, sobre el impío insolente que amenaza al redil de Nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh sublime paciencia de los que luchan, combaten, toman la iniciativa, entran, hablan, procla-

man, aconsejan, amonestan, y desafían por sí solos toda la soberbia, toda la pertinacia, toda la arrogancia del vicio insolente, del defecto elegante, del error simpático y popular!

Vos fuisteis, Señor, un modelo de paciencia. Vuestra paciencia no consistió, sin embargo, en morir abatido debajo de la Cruz cuando os la dieron. Cuenta una piadosa revelación que, cuando recibisteis de la mano de los verdugos vuestra Cruz, Vos la besasteis amorosamente y, tomándola sobre los hombros, con invencible energía la llevasteis hasta lo alto del Gólgota.

Dadnos Señor, esa capacidad de sufrir. De sufrir mucho. De sufrir todo. De sufrir heroicamente, no apenas soportando el sufrimiento, sino yendo al encuentro de él, buscándolo, y cargándolo hasta el día en que tengamos la corona de la victoria eterna.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



III Estación

JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ BAJO LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

QUÉ FÁCIL es hablar del sufrimiento. Lo difícil es sufrir. Vos lo probasteis, Señor. Cómo vuestro divino heroísmo es diferente del heroísmo fatuo y artificial de tanto soldado de las tinieblas. Vos no sonreísteis frente al dolor. No erais, Señor, de los que enseñan que se pasa la vida sonriendo. Cuando vuestra hora llegó, temblasteis, os perturbasteis, sudasteis sangre delante de la perspectiva del sufrimiento. Y en este diluvio de aprehensiones, infelizmente por demás fundadas, está la consagración de vuestro heroísmo. Vencisteis los gritos más imperiosos, las sollicitaciones más fuertes, los pánicos más atroces. Todo se doblegó ante vuestra voluntad humana y divina. Por encima de todo, se sobrepuso vuestra determinación inflexible

de hacer aquello para lo que habíais sido enviado por vuestro Padre. Y, cuando llevasteis vuestra Cruz por la calle de la amargura, una vez más las fuerzas naturales flaquearon. Caísteis, porque no teníais fuerzas. Caísteis, pero no os dejasteis caer sino cuando del todo no era posible proseguir el camino. Caísteis, pero no retrocedisteis. Caísteis, pero no abandonasteis la Cruz. La conservasteis con Vos, como la expresión visible y tangible de vuestro propósito de llevarla hacia lo alto del Gólgota.

Oh Dios mío, dadnos las gracias para que, en la lucha contra el pecado, contra los infieles, podamos quizá caer debajo de la cruz, pero sin jamás abandonar ni el camino del deber ni la arena del apostolado. Sin vuestra gracia, Señor, nada, absolutamente nada podemos. Pero si correspondemos, todo lo podremos. Señor, nosotros queremos corresponder a vuestra gracia.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz.

R. Amén.



IV Estación
MARÍA SANTÍSIMA
VIENE AL ENCUENTRO DE JESÚS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

CARGAR LA CRUZ significa, muchas y muchas veces, renunciar. Renunciar antes que nada a lo ilícito, a lo pecaminoso. Pero renunciar también, y muchas veces, a lo que siendo lícito y hasta admirable en sí, se torna malo o menos perfecto en consecuencia de determinadas circunstancias.

En el camino de vuestra Pasión, Señor, disteis un ejemplo terrible, un luminoso y admirable ejemplo de renuncia a lo que es lícito. ¿Qué hay de más lícito, Señor, que las caricias, que el desvelo de vuestra Madre Santísima? Todo cuanto de Ella sabemos es que, por más que sepamos algo, jamás sabremos todo, tal es el océano inconmensurable de perfecciones y

de gracias que contiene. Vuestra Madre, Señor, está en vuestro camino. Ella quiere consolaros. Ella quiere consolarse con Vos. Vedla. Cómo es legítimo que os detengáis a lo largo de la vía dolorosa, consolándoos y consolándola. Sin embargo, el momento de la separación después de este rápido coloquio llegó. ¡Oh dilaceración!, es preciso que os separéis el uno del otro. Ni Ella ni Vos, Señor, contemporizáis. El sacrificio sigue su curso. Y Ella queda a la vera del camino... Es mejor no decir cómo, viendo que os distanciáis lentamente vertiendo sangre, con paso incierto y vacilante, en demanda del último y supremo sacrificio. María tiene pena de Vos. Ella os sigue con la mirada, viéndoos solo, en manos de verdugos y de enemigos. ¿Quién os ha de consolar? ¡Oh! voluntad irresistible, arrebatadora, inmensa, de seguir vuestros pasos, de deciros palabras de dulzura que sólo Ella sabe deciros, de amparar vuestro Cuerpo divino, de interponerse entre los verdugos y Vos, y, postrada como quien implora una limosna inestimable, suplicar para Sí un poco de los golpes que os dan, con tal que con esto os hieran un

poco menos, no os golpeen tanto la carne inocente. ¡Oh Corazón de Madre, cuánto sufristeis en este lance!

Madres de sacerdotes, madres de misioneros, madres de religiosas, cuando sintáis el pesar de tanta separación cruel, pensad en María Santísima que dejó a su Divino Hijo seguir solo, el camino que le trazara la voluntad de Dios. Y pedid que Ella consuele vuestro dichoso dolor.

Pero hay, mil y mil veces infelices, otras madres abandonadas. Madres de impíos, madres de libertinos, madres de pecadores, también vosotras a veces quedáis solas en el camino del dolor, mientras vuestros hijos corren por las vías de la perdición. Pedid a Nuestra Señora que os consuele, que os dé aliento y perseverancia, y que ofrezca parte del dolor que en este paso sufrió, para que vuestros hijos puedan volver algún día a vosotras. Pensad en Santa María, y jamás desesperaréis. Para vuestros hijos desviados Nuestra Señora será la Estrella del Mar, que tarde o temprano los reconduzca al puerto.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



V Estación

EL CIRINEO AYUDA A JESÚS A LLEVAR LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

SIMÓN CIRINEO venía de lejos. No sabía cuál era la algazara, el alarido, el vocerío que a veces el viento le traía. Una gran fiesta, probablemente, tantas eran las risas, los gritos, las voces, que en animada sucesión se hacían oír. Se aproximó. Fuerte, joven, lleno de vida, parecía en cierto sentido la antítesis del pobre ser de túnica blanca —la túnica de los locos— coronado de espinas, todo ensangrentado, un

leproso lleno de llagas, que paciente y lentamente arrastraba la Cruz. El contraste sirvió a los verdugos de inspiración. Lo tomaron para ayudar a Cristo, Señor nuestro, a cargar la Cruz. El Cirineo aceptó. Al principio, tal vez porque era obligado. Después, por piedad. Quedó en la Historia, y, más que esto, conquistó para sí el Reino de los Cielos.

¡Cómo es frecuente esta escena! En el camino de nuestra vida, vemos a la Iglesia que pasa, perseguida, azotada, calumniada, odiada, y, Dios mío, a veces hasta traicionada por muchos que se dicen hijos de la luz sólo para poder propagar mejor las tinieblas. Vemos esto. En la apariencia la Iglesia está débil, vacilante, agonizante tal vez. En realidad, Ella es divinamente fuerte, como Jesús. Pero nosotros sólo vemos la debilidad con los ojos de la carne. Y somos tan miopes con los ojos de la fe, que con mucho esfuerzo discernimos la invencible fuerza divina que la conservará siempre y siempre. La Iglesia va a ser derrotada. Va a morir. ¿Poner al servicio de esa perseguida, de esa calumniada, de esa derrotada, la exuberancia de mis

fuerzas, de mi juventud, de mi entusiasmo?
¡Nunca! Nos distanciamos. No somos Cirineos.
Cuidamos sólo y sólo de nuestros intereses.
Seremos abogados prósperos, comerciantes ricos,
ingenieros bien ubicados, médicos con buena clientela,
periodistas ilustres o prestigiosos maestros. ¡Y es que sólo en el día del Juicio
comprenderemos lo que perdimos cuando la Santa Iglesia pasó por nuestro camino, y no la ayudamos!

¡Apostolado, apostolado, apostolado!
Apostolado saturado de oración, impregnado de sacrificio. Este es el medio por el cual debemos ser Cirineos de la Santa Iglesia.

Señor mío, haced que seamos tan fieles a esta gracia cuanto el propio Cirineo. Oh bienaventurado Cirineo, rogad por nosotros.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor; ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



VI Estación

LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

TODOS SE REÍAN de Vos, Señor mío, todos os herían, os ultrajaban. Vuestro divino Rostro, otrora radiante de hermosura, está ahora enteramente desfigurado. Sólo expresa el dolor, en su forma más aguda, más lacerante.

A los ojos de esa turbamulta, ¿qué papel haría quien os consolase, quien tomase vuestro partido, quien se declarase vuestro? Atraería sobre sí mucho del odio, del desprecio, de la humillación que sobre Vos se lanzaba como impetuoso torrente, desde lo íntimo de aquellos corazones empedernidos, y, más aún, desde todas las calles, plazas y callejuelas de la ciudad deicida.

La Verónica vio esto. Pero ella no tuvo

miedo. Se aproximó de Vos. Os consoló. Y, ¡oh divina recompensa!, vuestro Rostro divino quedó para siempre estampado en el lienzo con que ella quiso enjugarlo.

Dios mío, quiera mi corazón consolaros siempre. Y especialmente cuando todos se avergüenzan de Vos, dadme fuerzas para consolaros, proclamando en alto y con fuerza a mi Divino Rey.

Como recompensa, no quiero otra sino tener vuestro Rostro estampado en mi corazón.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



VII Estación

JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

CAÍSTEIS UNA VEZ MÁS, Divino Señor. ¡Cómo es duro el camino de la Cruz! Fue durísimo para Vos. Será también durísimo para vuestros seguidores.

Hay momentos en que todos los caminos parecen cerrados para nosotros, el Cielo se oscurece, las esperanzas desaparecen, las aprensiones pueblan de negros fantasmas nuestra imaginación. Las fuerzas comienzan a flaquear. No aguantamos más. Aunque caigamos debajo de la cruz, Dios mío, una vez más os suplicamos, por vuestras entrañas misericordiosas, por vuestro Corazón Sagrado, por el amor que tenéis a vuestra Madre, por los dolores crudelísimos que en este paso sufristeis, no permitáis que salgamos del camino del sufrimiento y de

la virtud, y que tiremos lejos de nosotros la cruz. Socorrednos entonces, Señor mío de misericordia. Porque lo que queremos es el entero cumplimiento de nuestro deber.

Pero oíd, Dios benigno, la súplica de nuestra debilidad. Por lo mucho que sufristeis, por la superabundancia de vuestros méritos infinitos, mitigad, si es posible, nuestro sufrimiento, tornad más leve nuestra cruz, sed Vos mismo nuestro misericordioso Cirineo, en toda la extensión en que lo permitan nuestra santificación y los supremos intereses de vuestra gloria. Os lo pedimos, Señor, por la omnipotente intercesión de vuestra Madre.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



VIII Estación

JESÚS CONSUELA

A LAS HIJAS DE JERUSALÉN

V. *Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.*

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

VOS TUVISTEIS a la Verónica, Señor, y al inapreciable, si bien que pesarosísimo, consuelo de vuestra Madre. Y, en este paso, otras mujeres se acercan a Vos. ¡Lloran, gimen, se apiadan de Vos!

¿Cómo se llamarían estas buenas mujeres? El Evangelio no lo dice. ¿Cómo las trataban los soldados y el populacho que os martirizaban? Tampoco lo dice el Evangelio. Si ellos hablasen el lenguaje de nuestros días, ciertamente habrían exclamado: ¡Oh beatas!...

¡Beatas! Cuántas veces esta palabra se pronuncia con desprecio y dureza, para designar a las personas que sobresalen y se distinguen por su asiduidad a los pies de vuestros

altares tantas veces abandonados, en la frecuencia a las ceremonias religiosas durante las cuales, a veces, sin ellas las iglesias habrían quedado casi vacías. Con lluvia o buen tiempo, se deslizan por las sombras de la madrugada o del crepúsculo, con paso apresurado. Van hacia la iglesia. Muchas van de prisa, porque tienen que trabajar, o en casa, o fuera. Rezan. Y su oración es a veces tan agradable que, sin aquello que peyorativa e injustamente se volvió convencional llamar beaterío, sería mucho más infeliz cualquier gran ciudad de pecadores de nuestros días.

Podrá a veces haber exceso, abuso, mala comprensión de muchas cosas. Pero ¿por qué generalizar la regla? ¿Por qué mirar apenas para las manchas, sin ver la luz de esa piedad perseverante e inextinguible? ¡Cuánto oro en esa escoria! Y cuando, después de haber contemplado así a esas almas entre las cuales muchas tienen tan gran mérito, se oyen ciertas declamaciones doctas contra el beaterío, se tiene el deseo de decir de los declamadores: ¡Señor, cuánta escoria en ese oro!

Ese verdadero beaterío, ese beaterío genuino y sincero ya estuvo a los pies de la Cruz, llorando y gimiendo. ¡Y cuánta gente que gusta decir que Judas no está en el infierno, pero que allí van ciertamente las beatas, quedará pasmado el día del Juicio Final!

Señor, aceptad y bendecid esas oraciones que en el curso de vuestra Pasión os fueron dirigidas. Vos disteis a estas pías mujeres su vocación: “Llorad”. La vocación de llorar por los castigos que justos e inocentes sufren a consecuencia de los pecados colectivos, esa es su gran vocación. Que ese llanto, Señor, que Vos mismo incitasteis, sirva para que vuestras iglesias queden atestadas de beatos verdaderos, esto es, de bienaventurados de todas las edades y condiciones sociales, nobles, ricos, poderosos, pobres, andrajosos, infelices. Señor, conquistad y atraed a Vos a todas las almas, por las oraciones, el ejemplo y las palabras de las almas fieles, indefectiblemente fieles.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



IX Estación

JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

HAY MISTERIOS que vuestro Santo Evangelio no narra. Y entre ellos me gustaría saber si me equivoco al suponer que ésta vuestra tercera caída fue hecha, Señor mío, para expiar y salvar a las almas de los prudentes.

La prudencia es la virtud por la cual escogemos los medios adecuados para obtener el fin que tenemos en vista. Así, los grandes actos de heroísmo pueden ser tan prudentes cuanto los retrocesos estratégicos. Si el fin es vencer, en un noventa por ciento de los casos es más prudente avanzar que retroceder. No es otra la virtud evangélica de la prudencia.

Sin embargo... se entiende que la prudencia es apenas el arte de retroceder. Y, así, el retroceso sistemático y metódico pasó a ser la única actitud reconocida como prudente por muchos de vuestros amigos, Señor mío.

Y por esto se retrocede mucho... ¿La realización de una gran obra para vuestra gloria se ha vuelto muy penosa? Se retrocede por prudencia. ¿La santificación está muy dura? ¿La escalada en la virtud multiplica las luchas en vez de aquietarlas? Se retrocede hacia los pantanos de la mediocridad, para evitar, por prudencia, grandes catástrofes. ¿La salud periclita? Se abandona, por prudencia, todo o casi todo apostolado, se “mediocriza” la vida interior, y se transforma el reposo en el supremo ideal de la vida, porque la vida fue hecha, ante todo, para ser larga. Vivir mucho pasa a ser el ideal, en vez de vivir bien. El elogio ya no sería como el de la Escritura: “*En una corta vida recorrió una larga carrera*” (Sabiduría 4, 13). Sería, por lo contrario, “*tuvo larga vida, para la cual tuvo la sabiduría de renunciar a hacer una gran carrera en las vías del apostolado y de la virtud*”.

Vidas largas, obras pequeñas.

¿Y vuestra prudencia cómo fue, oh Modelo divino de todas las virtudes? ¿Cuántos amigos tenéis, que os aconsejarían a renunciar cuando caísteis por primera vez? En la segunda vez, serían legión. Y viéndoos caer por la tercera, ¡cuántos no os abandonarían escandalizados, pensando que erais temerario, falto de sentido común, que queríais violar los manifiestos designios de Dios!

Que este paso de vuestra Pasión nos dé las gracias, Señor, para ser de una invencible constancia en el bien, conociendo perfectamente el camino del verdadero heroísmo, que puede llegar a sus límites más extremos y más sublimes sin jamás confundirse con una vil y presuntuosa temeridad.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor; ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



X Estación

JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

NO OS SERÍA EVITADA esta suprema afrenta, Dios mío. ¡Aquel Cuerpo divinamente casto que la Virgen Santísima protegió siempre con las vendas y túnicas que le hacía, aquel Cuerpo indeciblemente puro habría de quedar expuesto a todas las miradas!

Dios mío, ¿cómo no suponer que Vos hayáis expiado particularmente en este paso los pecados contra la castidad? El martirio de la desnudez es inmenso para un alma pura. Tiempo hubo en que, en Cartago, las cristianas conducidas a la arena, habiendo vencido milagrosamente a las fieras, fueron sometidas a martirio aún mayor por los magistrados, que las expusieron desnudas delante del auditorio, alegando saber que ellas preferirían mil veces morir

despedazadas por las fieras. Y tenían razón. Si así sufrían los mártires, ¿cómo sufristeis Vos, Dios mío?

Y si tan grande es vuestro divino horror a la impureza y a la impudicia, ¿con qué odio no odiáis, Señor, a aquellos que abusan de su riqueza propagando modas indecentes, por medio de representaciones cinematográficas y teatrales, por medio de revistas y fotografías, por medio del ejemplo funesto que las clases altas dan a las más modestas? ¿Cómo no odiáis a aquellos que abusan de su autoridad, forzando a empleadas, a hijas y hasta a esposas, a vestirse de modo indecoroso para seguir las fantasías de la época? De ellos es de quien dijisteis en el Evangelio: *“Más le valiera que le colgasen al cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en lo profundo del mar”* (Mt. 18, 6).

Dad, a todos los que tienen por obligación combatir a la moda inmoral, coraje para tanto, Dios mío. A los padres, a las madres, a los profesores, a los patrones, y a los miembros de las asociaciones religiosas.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



XI Estación

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

CUANDO ABRAHAM, con una docilidad sublime a vuestra voluntad, Dios mío, iba a hacer caer sobre Isaac el cuchillo sacrificador, Vos detuvisteis, misericordiosamente, el curso del sacrificio. Con vuestro Hijo, sin embargo, no actuasteis así. Al contrario, Jesús mío, vuestro sacrificio llegó hasta el fin. Se hizo absolutamente entero. Cargasteis la Cruz hasta lo alto del monte. Y ahora, sois clavado en ella.

La Cruz está por tierra, Jesús mío, y Vos

acostado en ella. Aumentan cruelmente vuestros dolores. Son tantos que, sin un auxilio sobrenatural, moriríais. Pero vuestra fuerza crece en la medida de vuestra divina misión. Tendréis todo cuanto sea necesario para llegar hasta la última inmolación.

Los laxistas, Señor mío, retroceden. Infiicionados de determinismo, no saben que Dios multiplica por la gracia las fuerzas naturales insignificantes de la voluntad humana. Por eso retroceden delante del deber evidente, admiten inhibiciones invencibles donde muchas veces la única realidad es que les falta espíritu de mortificación, y consideran perdidas con honores de guerra muchas batallas de la vida espiritual. En la vida espiritual no se pierde con honores de guerra. Las honras de guerra consisten únicamente en vencer. Y vencer consiste en no dejar la cruz, incluso cuando se cae debajo de ella; consiste en perseverar en medio de los aparentes fracasos de las obras externas, de la adversidad, del agotamiento de todas las fuerzas. Consiste en llevar la cruz hasta lo alto del Gólgota, y, allá, dejarse crucificar.

Vos yacéis sobre vuestra Cruz acostado, ¡oh Dios mío! ¡Qué fracaso aparente para el Salvador del mundo, echado en tierra como un gusano, desfigurado como un leproso, y crucificado como un criminal! ¡Dios mío, cuánta y qué espléndida victoria en la realización de vuestros designios, a despecho de todos estos obstáculos!

Una vez más, meditando vuestra Pasión, se yergue en nosotros el clamor tumultuoso de nuestra pequeñez. Si es posible, Dios mío, apartad de nosotros el cáliz, pero, si es indispensable, dadnos fuerzas para llegar hasta la crucifixión.

Padre Nuestro. Ave María. Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz.

R. Amén.



XII Estación

JESÚS MUERE EN LA CRUZ

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

YA NO ESTÁIS por tierra, Dios mío. La Cruz lentamente se levantó. No para elevaros, sino para proclamar bien en alto vuestra ignominia, vuestra derrota, vuestro exterminio.

Sin embargo, era el momento de cumplirse lo que Vos mismo habíais enseñado: “*Cuando fuese elevado, atraeré hacia Mí a todas las criaturas*” (Jn. 12, 32). En vuestra Cruz, humillado, llagado, agonizante, comenzasteis a reinar sobre la Tierra. En una visión profética, visteis a todas las almas piadosas de todos los tiempos, que venían a Vos. Visteis el recato y el pudor de las Santas Mujeres, que ahí compartían vuestro dolor y con ese alimento espiritual se santificaban. Visteis las meditaciones de San Pedro y de los Apóstoles sobre vuestra

Crucifixión, visteis las meditaciones de Lino, Cleto, Clemente, Sixto, Cornelio, Cipriano, Inés, Cecilia, Anastasia, todos aquellos santos que vuestra Providencia quiso que fuesen, diariamente y en el mundo entero, mencionados durante el Sacrificio de la Misa, porque la oblación de su santidad se hizo en unión con la oblación de vuestra Crucifixión. Visteis a los misioneros benedictinos que, conduciendo vuestra Cruz por los bosques de Europa, conquistaban más tierras que las legiones romanas. Visteis a San Francisco, que del Monte Alvernio os adoraba, y oísteis la prédica de Santo Domingo. Visteis a San Ignacio ardiendo de celo por el Crucifijo, reuniendo en torno de Vos a falanges de participantes de los Ejercicios Espirituales. Visteis a los misioneros que recorrían el Nuevo Mundo para predicar vuestro Crucifijo. Visteis a Santa Teresa llorando a vuestros pies. Visteis vuestra Cruz luciendo en la corona de los Reyes. Dios mío, en la Cruz comenzó vuestra gloria, y no en la Resurrección. Vuestra desnudez es un manto real. Vuestra corona de espinas es una diadema sin precio. Vuestras

llagas son vuestra púrpura. ¡Oh! Cristo Rey, cómo es verdadero consideraros en la Cruz como un Rey. ¡Pero cómo es cierto que ningún símbolo expresa mejor la autenticidad de esa realeza como la realidad histórica de vuestra desnudez, de vuestra miseria, de vuestra aparente derrota!

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor; tened piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz.

R. Amén.



XIII Estación

JESÚS YACE EN LOS BRAZOS DE SU MADRE

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

LA REDENCIÓN se consumó. Vuestro sacrificio se hizo por entero. La Cabeza sufrió cuanto tenía que sufrir. Restaba a los miembros del cuerpo sufrir también. Junto a la Cruz estaba María. ¿Para qué decir, aunque sea una palabra, sobre lo que Ella sufrió? Parece que el propio Espíritu Santo evitó describir lo lacerante del dolor que inundaba a la Madre como reflejo del dolor que superabundó en el Hijo. Él solo dijo: “*Oh vosotros, que pasáis por el camino, parad y ved si hay dolor semejante a mi dolor*” (Jer. 1, 12). Sólo una palabra lo puede describir: no tuvo igual en todas las puras criaturas de Dios.

¡Nuestra Señora de la Piedad! Así es que el pueblo fiel invoca a Nuestra Señora cuando

la contempla sentada, con el cadáver divino del Hijo en sus brazos. Piedad, porque toda Ella no es sino compasión. Compasión del Hijo. Compasión de sus hijos, porque Ella no tiene sólo un hijo. Madre de Dios, se hizo Madre de todos los hombres. Y Ella no tiene apenas compasión del Hijo, también la tiene de sus hijos. Mira hacia nuestros dolores, nuestros sufrimientos, nuestras luchas. Nos sonrío en el peligro, llora con nosotros en el dolor, alivia nuestras tristezas y santifica nuestras alegrías. Lo propio del corazón de madre es una íntima participación en todo lo que hace vibrar el corazón de sus hijos. Nuestra Señora es nuestra Madre. Ama mucho más a cada uno de nosotros individualmente, aún al más miserable y pecador, de lo que podría hacerlo el amor sumado de todas las madres del mundo por un hijo único. Persuadámonos bien de esto. Es a cada uno de nosotros. Es a mí. Sí, a mí, con todas mis miserias, mis infidelidades tan ásperamente censurables, mis indisculpables defectos. Es a mí a quien así Ella ama. Y ama con intimidad. No como una reina que, no teniendo tiempo para

tomar conocimiento de la vida de cada uno de sus súbditos, acompaña apenas en líneas generales lo que ellos hacen. Ella me acompaña a mí, en todos los detalles de mi vida. Conoce mis pequeños dolores, mis pequeñas alegrías, mis pequeños deseos. No es indiferente a nada. Si supiésemos pedir, si comprendiésemos la importancia evangélica como una virtud admirable, ¡cómo sabríamos ser minuciosamente importunos con Nuestra Señora! Y Ella nos daría en el orden de la naturaleza, y principalmente en el orden de la gracia, muchísimo más de lo que jamás osaríamos suponer.

¡Nuestra Señora de la Piedad! Tanto valdría, o casi, decir Nuestra Señora de la Santa Osadía. Porque, ¿qué más puede estimular la santa osadía, osadía humilde, sumisa y conformada de un miserable, que la piedad maternal inimaginable de quien todo lo tiene?

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

V. Ten piedad de nosotros, Señor.

R. Señor, ten piedad de nosotros.

V. Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz.

R. Amén.



XIV Estación

JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

V. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

R. Porque con tu santa Cruz redimiste al mundo.

AL MISMO TIEMPO que las pesadas lajas del sepulcro velan el Cuerpo del Salvador a las miradas de todos, la Fe vacila en los pocos que habían permanecido fieles a Nuestro Señor.

Pero hay una lámpara que no se apaga, ni parpadea, y que sola arde plenamente, en esta oscuridad universal. Es Nuestra Señora, en cuya alma la Fe brilla tan intensamente como siempre. Ella cree. Cree por entero, sin reservas ni restricciones. Todo parece haber fracasado. Pero Ella sabe que nada fracasó. En paz, aguarda la Resurrección. Nuestra Señora resumió y compendió en Sí a la Santa Iglesia, en esos días de tan extensa deserción.

Nuestra Señora, protectora de la Fe. Este

es el tema de la presente meditación. De la Fe y del espíritu de fe, o sea del sentido católico. Hoy, a muchos ojos, las posibilidades de restauración plena de todas las cosas según la ley y la doctrina de Nuestro Señor Jesucristo parecen tan irremediabilmente sepultadas cuanto a los Apóstoles parecía irremediabilmente sepultado Nuestro Señor en su sepulcro. Los que tienen devoción a Nuestra Señora reciben de Ella, sin embargo, el inestimable don del sentido católico. Y, por eso, ellos saben que todo es posible, y que la aparente inviabilidad de los más osados y extremados sueños apostólicos no impedirá una verdadera resurrección, si Dios tuviere pena del mundo y el mundo corresponde a la gracia de Dios.

Nuestra Señora nos enseña la perseverancia en la fe, en el sentido católico y en la virtud del apostolado intrépido –“Fides intrépida”– incluso cuando todo parece perdido. La Resurrección vendrá pronto. Felices los que supieren perseverar como Ella, y con Ella. De ellos serán las alegrías, en cierta medida las glorias del día de la Resurrección.

Padre Nuestro, Ave María, Gloria.

V. *Ten piedad de nosotros, Señor.*

R. *Señor, ten piedad de nosotros.*

V. *Que las almas de los fieles difuntos por la misericordia de Dios descansen en paz.*

R. *Amén.*

Indulgencia Plenaria*

“Se concede Indulgencia Plenaria al fiel cristiano que practique el piadoso ejercicio del *Via Crucis*. Para ganar la Indulgencia Plenaria en este caso se establece lo siguiente:

a. El *Via Crucis* debe practicarse ante las estaciones legítimamente erigidas.

b. Para erigir el *Via Crucis* se requiere catorce cruces, a las que provechosamente se acostumbra añadir otros tantos cuadros o imágenes que representan las estaciones de Jerusalén.

c. Según la costumbre más extendida, este piadoso ejercicio consta de catorce lecturas piadosas, a las que se añaden algunas oraciones vocales. No obstante, para realizar este piadoso ejercicio, se requiere únicamente la piadosa meditación de la Pasión y Muerte del Señor Jesús, sin que sea necesario una consideración sobre cada uno de los misterios de las estaciones.

d. Se requiere el paso de una estación a otra.

e. Si el piadoso ejercicio se practica públicamente y el movimiento de todos los presentes no puede efectuarse sin evitar el desorden, basta con que quien dirige el ejercicio se traslade a cada estación, sin que los demás se muevan de su lugar.

f. Los que están impedidos pueden ganar la misma Indulgencia Plenaria, si al menos por un tiempo, por ejemplo quince minutos, se dedican a la lectura y meditación de la Pasión y Muerte del Señor Jesús.”

Condiciones

Exclusión de todo afecto hacia cualquier pecado, incluso venial. Confesión sacramental, Comunión eucarística y Oración por las intenciones del Sumo Pontífice.

* Emmo. Mons. Juan Luis CIPRIANI THORNE, *El don de la indulgencia para el Tercer Milenio*, Nueva Evangelización, Lima 2001.

“Padre, que no se
haga mi voluntad,
sino la tuya...”

(«Catolicismo», N° 40, abril de 1954)

“**D**ICHO ESTO marchó Jesús con sus discípulos a la otra parte del torrente de Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró Él con sus discípulos” (Jn. 18, 1).

Jesús deja Jerusalén. No se trataba de una partida común, seguida de un retorno en breve, sino de una verdadera y profunda separación.

El Mesías amaba la Ciudad Santa, sus murallas cubiertas de gloria, al Templo del Dios vivo que en ella se erguía, el pueblo elegido que la habitaba. Por eso, le predicó la Buena Nueva con especial cariño, y combatió sus vicios con vigor particularmente ardiente. Pero fue rechazado. Dejaba, pues, la Ciudad maldita.

Era de noche. Jerusalén resplandecía con todas sus luces. Había calor y hartura dentro de las casas, y animación en las calles. Una gran despreocupación flotaba sobre la ciudad alegre y tranquila. De Jesús, con toda su belleza, su gracia, su sabiduría, su bondad, poco le importaba. En el momento en que Él dejó la ciudad nadie lo sintió, nadie lo supo, salvo quizás uno que otro transeúnte que lo vio con indiferencia. Los judíos no sentían necesidad de Jesús. Para dirigir sus almas preferían a Anás, Caifás y sus congéneres. Para velar por sus intereses nacionales les bastaba Herodes. Toleraban a Pilatos con un mal humor muy resignado. Bajo la guarda de estos pastores espirituales y temporales podían comer, beber y divertirse a su gusto, aliviando después la conciencia con una oración y un sacrificio en el Templo. Así todo se arreglaba en la modorra y en el conformismo.

Jesús había venido a perturbar esa paz. Hablaba de muerte, de Juicio, de Cielo y de infierno, sin comprender que el siglo no admitía predicaciones de éstas, y que el primer deber de un rabí consistía en adaptarse a las exigencias del tiempo. Conocedor de los textos sagrados,

hábil en el raciocinar, eximio en impresionar a las multitudes y en atraer a las personas en la intimidad de sus coloquios persuasivos, parecía empeñado en mostrar una incompatibilidad irremediable entre la Religión de un lado, y la vida suelta, despreocupada y sin frenos por otro lado. Así rajaba las dos partes del arco, y tarde o temprano provocaría ruinas. A Jesús, esto no le importaba, porque no era sensato. Acentuando el efecto peligroso de sus palabras, practicaba milagros. Y apoyado en el prestigio que éstos le conferían, perturbaba más aún los espíritus enseñándoles que el camino que conduce al Cielo es estrecho, inculcando la necesidad de la pureza, de la honestidad, de la rectitud para poder entrar en él. Él, que predicaba la compasión, ¿no se condolía de las luchas de alma, de los dramas de conciencia que así desencadenaba? Él, que predicaba la humildad, ¿no reconocía la necesidad de conformarse con el ejemplo de prudencia que los Príncipes de los Sacerdotes le daban?

Por un tiempo, es verdad, pareció en la inminencia de vencer. Pero el Sanedrín actuó a tiempo. Abriendo generosamente sus arcas, mandó que emisarios recorriesen el pueblo desper-

tando prevenciones contra el insolente. Eran ágiles, estos emisarios, y supieron tocar las cuerdas psicológicas apropiadas. Las posibilidades del rabí estaban eliminadas. Jerusalén no sería suya. Es más. Su muerte estaba decidida, y el pueblo la aplaudiría. Esa muerte era un último e insignificante corolario de todo. Un pequeño episodio de policía. Sí, el “caso” Jesús de Nazareth estaba concluido. El pueblo podía entregarse nuevamente al placer, al oro, a las largas ceremonias en el templo. Todo volvería a la normalidad. Sí, una gran despreocupación hacía más liviana la atmósfera, en aquella noche harta y tranquila.

Estaba terminada la predicación de Jesús, y Él dejaba la ciudad porque allí nada tenía que hacer. No era compatible con su perfección asociarse a aquella tranquilidad tibia y somnolienta en que dormían las conciencias que él había procurado despertar. La única actitud era salir. Salir, sí, para significar un alejamiento completo, una separación absoluta, una incompatibilidad sin tapujos.

Y salió. Quedaron atrás las luces. Él entraba en las tinieblas de la noche. Quedó atrás la

multitud. Él llevaba consigo tan sólo un puñado de seguidores. Quedó atrás todo cuanto era poder, riqueza, gloria humana, Él iba para un lugar eriaz, pobre, seguido apenas de unos desconocidos sin expresión social, sin calificación cultural, sin nada. Quedaron atrás las alegrías de la vida, Él iba al encuentro de la desolación de los abandonados, de las angustias terribles de los que esperan la muerte.

“**Y** *DIJO a sus discípulos: sentaos aquí mientras que yo hago oración*” (Mc. 14, 32). El aislamiento de Jesús era mayor de lo que a primera vista parece. Los Apóstoles lo seguían, es cierto, pero con el alma llena de apego a todo cuanto en la terrible separación dejaban, y llena de pavor delante de todo cuanto las perspectivas de futuro les hacían entrever. Sus almas ya no tenían disposición para rezar. Era el comienzo de la deserción, pues quien no reza está resbalando hacia el abismo. Rezar, no “podían”. Volver a Jerusalén, no querían. Quedaron “sentados allí”. Y consintieron en que el Maestro fuera más adelante, que quedase solo. Por cierto los Apóstoles se consideraban héroes por

quedarse “sentados allí”. Tanto sentían su dolor, que no pensaron en el del Señor. Por eso se dejaron aplastar por el sufrimiento. ¡Poco después durmieron, y luego huyeron!

No rezar, pensar poco en la Pasión de Cristo y mucho en sus propios dolores, todo esto lleva a “sentarse” en el camino y dejar a Jesús ir adelante. Después viene la modorra, el sueño, la tibieza. Y después la fuga. ¡Terrible, terrible lección para los que emprendieron la larga jornada en el camino de la perfección!

Jesús les había dicho: “*Orad para que no caigáis en tentación*” (Lc. 22, 40). No rezaron, sucumbieron...

“**Y**LLEVÁNDOSE consigo a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo, Santiago y Juan, empezó a entristecerse y angustiarse” (Mt. 26, 37).

Selección. Algunos estaban menos embotados por el dolor del abandono, de la derrota, de la separación total del mundo. Les dolía más vivamente el sufrimiento de Jesús. Merecieron ser llamados aparte, y presenciar el inicio de los dolores infinitamente preciosos del Redentor.

¡Cuántos reciben el mismo llamado! La gracia los atrae hacia una piedad mayor, una ortodoxia más profunda, una comprensión más exacta de la situación terrible de la Iglesia en nuestros días. Para corresponder a esas gracias es necesario tener el coraje de participar de la tristeza de Nuestro Señor, y para eso es necesario tener un espíritu generoso, fuerte y serio.

¿Cómo se rechaza esa gracia? Rechazando la tristeza de Nuestro Señor, viviendo para las bagatelas, idolatrando el deporte, haciendo de la radio y de la televisión el centro de la vida, haciendo de las bromas el único tema de las conversaciones, huyendo de considerar los deberes terribles que la época impone, la gravedad de los problemas que suscita, para engolfarse en la pequeña vida de todos los días.

Éstos no reciben la adorable confianza de los dolores del Corazón de Jesús. Son sapos que viven con el vientre pegado a la tierra, y no águilas que cortan con su vuelo poderoso lo más alto de los cielos.

“**Y**LES DIJO entonces: triste está mi alma hasta la muerte; aguardad aquí y velad conmigo” (Mt. 26, 38).

“Está mi alma”, dice el Salvador, y no “estoy yo”. Así quiso Él significar que su tormento era todo moral. La parte del cuerpo aún no había comenzado. Tanto se insiste en la Pasión sobre los dolores del cuerpo, y esto es bueno. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús vino a insistir sobre los dolores del alma de Cristo, y esto es óptimo. Pues los dolores de alma son más profundos, más lacerantes y más nobles que los del cuerpo. Ellos se oponen más a los defectos del alma, que son los que ofenden a Dios.

¿Y por qué sufría el alma de Cristo? ¿Por qué debemos sufrir nosotros?

Por ver la voluntad del Padre Eterno violada, a Jesús Nuestro Señor rechazado, negado, odiado. Pensar en esto, medir la extensión y la gravedad de esto, es sufrir en nosotros los dolores espirituales de Nuestro Señor.

Jesucristo y su Iglesia forman un solo todo. Cada vez que vemos un aviso inmoral, una afirmación errada, una institución o una ley opuesta

a la doctrina de la Iglesia, debemos sufrir. Si no, si para esto no tenemos celo ni fuerzas, servimos tan sólo para “quedar sentados” y en la hora del peligro, huir.

“En tristeza mortal”: es decir, en suma tristeza. La tristeza de ver la Ley violada, la Iglesia perseguida, la gloria de Dios negada, debe ser en nosotros una tristeza suma, y no apenas una de esas pequeñas tristecitas emotivas y pasajeras como las que se desprenden de las almas frívolas e impresionables, a la manera de los fuegos fatuos de los pantanos y los cementerios. Una pequeña tristeza de epidermis, que no arranca de nosotros resoluciones serias, celo profundo, renuncia efectiva a todo para sólo vivir luchando. ¡Un alma en “tristeza mortal” no se consuela con revistas, con ropas, con restaurantes, con paseos, con banalidades honestas... o deshonestas! Ella vivirá en el pesar mortal por la gloria de Dios ultrajada, encontrando consuelo solamente en la vida interior y en el apostolado.

“Aguardad aquí”, es decir, no os mezcléis ni con los hijos pérfidos de Jerusalén, ni con los tibios que a pocos pasos de aquí duermen.

“Velad conmigo”. Sí, participad de mi so-

ledad, de mi derrota, de mi dolor. Haced de esto vuestra gloria, vuestra alegría, vuestra riqueza.

“**Y**ADELANTÁNDOSE algunos pasos, se postró en tierra” (Mt. 26, 39).

¿Por qué “adelantarse algunos pasos”, si quería que los tres Apóstoles “quedasen con Él”? “Quedarse” con Nuestro Señor es quedarse cerca de Él en espíritu, es ser solidario con Él. Se queda con Él quien está con la Iglesia de todo corazón, con toda el alma, todo el entendimiento. “Se queda” con Nuestro Señor quien en las horas de agonía piensa en Él y no en sí. “Se queda” con Nuestro Señor quien piensa sólo en Él y no en el mundo, su espíritu y sus deleites.

Nuestro Señor se adelantó sólo “*un poco*”, a “*un tiro de piedra*”, dice San Lucas (22, 41). ¿Por qué “adelantarse”? ¿Y por qué hacerlo solamente “un poco”?

Nuestro Señor quería ser visto, para mantener en la fidelidad a los tres Apóstoles escogidos; quería consolarlos y consolarse sintiéndolos cerca. Pero era necesario que “se adelantase”, porque era llegada una hora de especial gravedad. Iba a hablar con Dios, y Dios le iba a

hablar. Así como en el culto judaico el sacerdote entraba solo en el Santo de los Santos, así también Nuestro Señor quiso dar solo este primer paso de la Pasión.

¿Tenemos también nosotros en el alma soledades santas como éstas, cumbres en las que sólo Dios y nosotros estamos, y a las que ningún confidente, ningún amigo, ningún afecto terreno alcanza, en las que sólo admitimos la mirada de nuestro Director divino?

¿O somos de esas almas sin reservas ni nobleza, abiertas a todos los vientos, a todas las miradas, a todos los pasos, como una vulgar plaza pública?

“Se postró en tierra”. Humillación completa, renuncia total. Es la víctima lista para el holocausto.

¡Qué preparación para la oración! Cuando hablamos con Dios, ¿nos “postramos en tierra” antes? Es decir, ¿vamos humildes, prontos a obedecer, deseosos de renunciar a todo, reconociendo nuestra nada? ¿O vamos con reservas, con reticencias, con puntos doloridos en los que Dios no puede pedirnos un sacrificio? Cuando oímos a la Iglesia, ¿nos “postramos en tierra”,

renunciando a todas nuestras opiniones, a todas nuestras voluntades, para obedecer? Ante aquellos que nos edifican aproximándonos de la Iglesia y del Papa, ¿nos “postramos en tierra” aceptando su influencia, o colocamos barreras, levantamos restricciones?

“**O**RANDO y diciendo: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz; no obstante, no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieres Tú*” (Mt. 26, 39).

¡Estar postrado en tierra, pero al mismo tiempo orar! ¡Con el cuerpo puesto en lo que hay de más bajo, que es el suelo, y subiendo con el alma hasta lo más alto de los Cielos, que es el trono de Dios! En esto está la invencibilidad del verdadero católico. En el auge de la aflicción, de la humillación, del desamparo, él tiene aún en sus manos el arma que vence a todos los adversarios. ¡Cuán verdadero es esto en las luchas de la vida interior! Sin recursos para encontrar el camino, o para resistir, rezamos... y vencemos. ¡Y cuán verdadero es en el apostolado! ¿Nos aterra el ímpetu de la onda paganizante? Pensamos inmediatamente en concesiones, en las cuales

sacrificamos lo accidental porque es accidental, lo esencial secundario porque es secundario, y por fin lo principal... “para evitar un mal mayor”. Si conociésemos la fuerza de la oración, si supiésemos “postrar el rostro en tierra y rezar”, comprenderíamos mejor la eficiencia de nuestras armas sobrenaturales, el sentido, el valor, la utilidad de la intransigencia cristiana. El divino Salvador sufrió aquí por los pesimistas, por los desanimados, que no tienen noción de la fuerza triunfal de la Iglesia.

“No me hagas beber este cáliz...” ¿Cuál es el cáliz? Era el sufrimiento atroz, aplastante, injusto, que se aproximaba, y que Jesús preveía. En este paso, el Divino Maestro padeció por los que pecan de optimismo, por los que, colocados frente a perspectivas de lucha, de angustia, de dolor, practican la política del avestruz, y así entienden que “todo va muy bien”. Prever el dolor, prepararse valerosamente para enfrentarlo, es alta, altísima virtud. Y esto, ya se trate de nuestra vida particular, ya de la causa de la Santa Iglesia. En este momento en que Ella es tan combatida, no cometamos la necedad de decir que todo va bien. Reconozcamos la seriedad de

la hora, miremos varonil y cristianamente hacia las amenazas del futuro, con ánimo resuelto y confiante, prontos a reaccionar por la oración, por la lucha, por la aceptación plena del sacrificio.

Fue el ejemplo que el Divino Maestro nos dio. Se retiró de todos para, cara a cara con Dios, medir en toda su extensión el océano de dolores que venía sobre Él, y tomar una actitud ante esta perspectiva.

¿Qué actitud? “Si es posible, no me hagas beber este cáliz. No obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres Tú”.

Dos súplicas se contienen aquí. En una, el Hombre-Dios pide que el dolor se aparte de Él “si es posible”. En la otra lo acepta si no fuera posible evitarlo.

Actitud santa, sin teatralidad ni vanagloria. El dolor causa naturalmente pavor al hombre, y Nuestro Señor, que es no sólo verdadero Dios sino también verdadero hombre, tenía pavor del dolor. Pidió, pues, que “si era posible” le fuera apartado. Evitar el dolor es legítimo, sabio, santo. Pero evitarlo a cualquier precio, no; sólo “si es posible”.

“Si es posible”: ¿qué quiere decir esto? Si delante de aquella súplica humilde de un Justo atribulado por la previsión del dolor la voluntad divina pudiese mostrarse propicia, apartando el sufrimiento, que así fuese. Mas si apartar ese dolor significaba introducir una modificación en los planes de la Providencia, con desmedro de la gloria de Dios y del bien de la Iglesia que sería fundada, y de las almas, entonces era mejor sufrir todo.

“Si es posible”... sublime condicional, que el siglo no conoce. Y por esto el mundo entero está en crisis, en trance, en agonía. Bienes de la tierra, riqueza, gloria, salud, hermosura, todo esto es bueno en la medida en que lo subordinemos a la gloria de Dios. Pero si es preciso renunciar a todo porque en virtud de esta o aquella circunstancia interior o exterior “no es posible” tener estas cosas sin desagradar a Dios, entonces hagamos la renuncia completa. ¡Si todos los hombres pensasen y sintiesen así, el mundo sería otro! Es por falta de este condicional, en el cual está contenido todo el orden y todo el bien, que la civilización va pereciendo.

“No se haga lo que yo quiero, sino lo que

quieres Tú”. Palabras sobre las cuales se asienta toda la vida de la Iglesia, de las almas y de los pueblos. Palabras santas, dulces, duras y terribles, que el hombre de hoy no quiere entender. Definición perfecta de la obediencia, de esta obediencia que desde Lutero el mundo odia cada vez más.

Sí, hágase la voluntad de Dios y no la mía: cumpliré los Mandamientos, y no seguiré mis caprichos. Pensaré con el Papa, aunque a mí se me figurase preferible otra doctrina. Obedeceré a todos los que ejercen sobre mí un legítimo poder, porque representan a Dios; y por eso haré la voluntad de Dios y no la mía.

Jesús mío, ¿cómo explicar en vista de esto, que aún se diga que fuisteis un revolucionario, y que vinisteis a traer a la tierra la Revolución?

DESPUÉS de esto, hay un silencio. Los Evangelios no nos cuentan lo que fue respondido, ni lo que Jesús dijo a esa respuesta. ¿Para qué decirlo? ¿Y con qué palabras?

Probablemente en la Tierra sólo una persona vio todo, supo todo, adoró todo: María

Santísima, presente sin duda en espíritu en todo, y participando de todo.

El tema es demasiado alto para que interpretemos este silencio que ni los Evangelistas quisieron romper. Pidamos a la Medianera de todas las gracias que nos inicie en el recogimiento de la vida interior y en los misterios inefables de este momento de silencio.

JESÚS aceptó. *“En esto se le apareció un ángel del cielo, confortándole. Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad. Y le vino un sudor como de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo”* (Lc. 22, 43 y 44).

Comenzó así la Pasión. Jesús había previsto el dolor y la muerte, y los había aceptado. La simple previsión de lo inevitable lo colocaba delante de un colmo de tormentos abrumador.

Mas “un ángel lo confortaba”. Sí, su súplica humilde había sido escuchada. Dios le daba fuerzas para vencer el tormento invencible, soportar el dolor insoportable, aceptar con conformidad la injusticia inaceptable.

¡Si comprendiéramos esto! Los Mandamientos nos parecen demasiado pesados, ruge

en nosotros el viento de los apetitos desarreglados y de las tentaciones diabólicas. ¡Si comprendiésemos que ésta es la hora de Dios, si “orásemos con mayor intensidad”, si aceptásemos la visita del ángel que nos conforta!

Sí, porque también para nosotros el ángel viene siempre, desde que recemos. A veces es un movimiento interior de la gracia, a veces un buen libro, a veces un amigo que nos da un buen ejemplo, o un buen consejo. Pero nosotros no rezamos. Resultado, caemos.

En la Agonía, el ángel vino como fruto de la oración. Recibida su visita, Nuestro Señor continuó orando: sí, rezar más insistentemente es el secreto de la victoria. Quien reza se salva, quien no reza se pierde, decía San Alfonso de Ligorio. ¡Y cómo tenía razón!

Jesús sudó sangre. La sangre redentora corrió por la presión del dolor moral. Puede decirse que era sangre del Corazón. ¡Qué magnífico tema para los devotos del Sagrado Corazón!

Sudar sangre es el extremo del dolor. Es el punto más alto de la presión del sufrimiento moral sobre el cuerpo. Se diría que Nuestro Señor estaba soportando todo lo que podía en

materia de sufrimiento. Sin embargo, ni siquiera el primer paso del *Via Crucis* estaba dado.

¿Cómo explicar esta resistencia incomparable? Su martirio comenzaba donde el de otros llega al auge. Es que “un ángel del cielo le confortaba”, y Él “oraba con mayor intensidad”.

¡Oh valor de lo sobrenatural! ¡Y nosotros osamos decir que es por falta de fuerzas que capitulamos en la vida interior, o en las luchas del apostolado!

TRES VECES dijo el Señor su “fiat” (cfr. Mt. 26, 39–44). Y después de cada una vino a sus discípulos.

La primera vez *“los halló durmiendo”*. Y les recomendó: *“Velad y orad para no caer en la tentación. Que si bien el espíritu está pronto, mas la carne es flaca”* (Mt. 26, 40–41).

Pero ellos no hicieron caso. ¿Por qué? Tenían sueño. Un sueño hecho de dos excesos opuestos. De un lado la desesperación, del otro la presunción. – La desesperación: delante de la derrota humana de Jesús, sus sueños de grandeza terrena estaban deshechos. ¿Qué les restaba? Aquellas tinieblas, aquella soledad, aquel suelo

duro y vulgar en que estaban. ¡La carrera cortada, oh dolor de dolores! Bajo el peso de este dolor la única cosa por hacer era dormir. – La presunción: sin embargo, se tenían por fuertes. Habían luchado tanto, sería por cierto ofensivo dudar de su fuerza. Y, convencidos de su resistencia, despreocupados por su perseverancia, “matan el tiempo” durmiendo.

Sueño hecho, además, de grosería. ¡El Señor sufría, y ellos dormían! ¿Qué les daba el Señor? ¿Ya ellos no le hacían un infinito favor en estar con Él allí, en aquel abandono? ¿Qué más quería: que todavía se quedasen rezando fuera de hora? No. Que Él vigilase, si quería. En cuanto a los Apóstoles, irían a dormir.

A medida que se duerme, el sueño queda más pesado. Es éste el proceso de desarrollo de la tibieza. La segunda vez, Jesús “*los encontró dormidos porque sus ojos estaban cargados de sueño*” (Mt. 26, 43). Sueño de la mediocridad, del relajamiento, de la molicie. ¿Seguían ellos aún al Maestro? Sí y no. Sí, porque al fin de cuentas allí estaban. No, porque ya no le daban oídos. Él hablaba, ellos desobedecían. Él sufría, ellos dormían. Era un inicio de ruptura.

¿Cómo es que se dan caídas como éstas, tan desastrosas? Dormir cuando Jesús habla es, para mí, estar desatento, displicente, tibio, cuando me hablan los que representan a la Santa Iglesia, los que me deben guiar por las vías de la santidad, quienes por su ejemplo encarnan para mí la ortodoxia, la generosidad, el hambre y sed de virtud. Cuando caigo en este sueño, ¿qué otro remedio hay, sino despertarme, “velando y orando para no caer en tentación”? Y si no lo hago ¿cuál es el resultado?

El fracaso en la vida espiritual, y en la vocación. La tercera vez, las palabras de Nuestro Señor son de censura: *“Dormid ahora y descansad; he aquí que llegó ya la hora, y el Hijo del Hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos de aquí: ya llega aquel que me ha de entregar”* (Mt. 26, 45–46).

LA HORA había pasado. Ni siquiera la súplica afectuosa y cargada de dolor los había conmovido: *“¿aún no has podido velar una hora?”* (Mc. 14, 37).

Al cabo de un momento, y *“estando todavía hablando, llega Judas Iscariote, uno de*

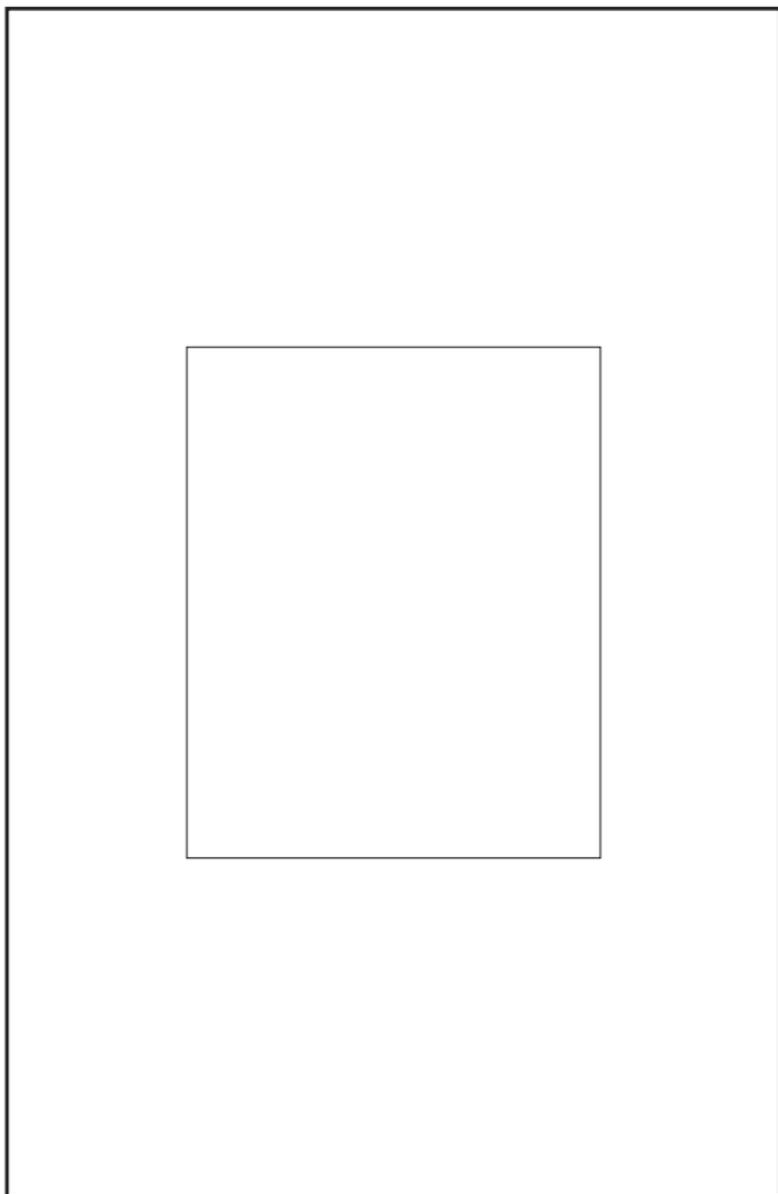
los doce, acompañado de mucha gente, armada con espadas y con garrotes” (Mc. 14, 43). Y poco después, “sus discípulos, abandonándole, huyeron todos” (Mc. 14, 50).

Huyeron, sí, porque habían sido tibios, no habían rezado. Si yo, Señor, no quiero huir, debo ser firme, no puedo dormir, tengo que rezar.

* * *

DADME, Señor, esa gracia de la perseverancia en todas las situaciones, todos los trances, todas las amarguras; esa gracia de la fidelidad en todos los abandonos, todos los desamparos, todas las derrotas; esa gracia de la firmeza aunque todos os abandonen oprimidos por el sueño o enloquecidos por la concupiscencia de las cosas de la tierra. O entonces, Señor, llevadme de esta vida. Pues una cosa yo no quiero: huir.

Por la intercesión omnipotente de vuestra Madre Santísima, es esta gracia de la perseverancia que os pido, Señor Jesús. ❖



Le ataron las manos, porque hacían el bien

(«Catolicismo», N° 16, abril de 1952)

¿POR QUÉ fue el Señor maniatado por sus verdugos? ¿Por qué le impidieron el movimiento de sus manos, sujetándolas con duras cuerdas? Sólo el odio o el temor podrían explicar que así se reduzca a alguien a la inmovilidad y a la impotencia. ¿Por qué odiar así estas manos? ¿Por qué temerlas?

La mano es una de las partes más expresivas y más nobles del cuerpo humano. Cuando los Pontífices y los sacerdotes bendicen, lo hacen con un gesto de manos. Cuando el hombre inocente es perseguido, se ve saturado de dolores e implora la justicia divina –su último amparo

contra la maldad humana— es también con las manos que maldice. Es con las manos que padres e hijos, hermanos, esposos, se acarician en los momentos de efusión. Para rezar, el hombre junta las manos o las levanta al cielo. Cuando quiere simbolizar el poder, empuña el cetro. Cuando quiere expresar fuerza, empuña la espada. Cuando habla a las multitudes, el orador acentúa con las manos la fuerza del raciocinio con que convence o la expresión de las palabras con que conmueve. Es con las manos que el médico administra el remedio, y el hombre caritativo socorre a los pobres, a los ancianos, a los niños.

Y por eso los hombres besan las manos que hacen el bien y esposan las manos que practican el mal.

Vuestras manos, Señor, ¿qué hicieron?
¿Porqué fueron atadas?

“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios” (Jn. 1, 1).

Cómo describir vuestra trascendente, eterna e inefable majestad, cuando antes que todas las cosas y de todos los siglos vivíais de la vida supremamente gloriosa y feliz de la Santísima Trinidad. San Pablo contempló esta vida, y la

única cosa que sobre ella consiguió decir, es que no puede ser expresada con palabras humanas. De lo alto de ese trono, vinisteis con designios de amor, para redimir a los hombres. Y por esto, con bondad inefable, asumisteis nuestra naturaleza humana. Quisiste tener un cuerpo humano, por amor al hombre. Fue para hacer el bien, que vuestras divinas manos fueron creadas.

¿QUIÉN puede describir, Señor, la gloria que esas manos –ahora ensangrentadas y desfiguradas, y no obstante tan bellas y tan dignas desde los primeros días de vuestra infancia– dieron a Dios, cuando sobre ellas posaron los primeros besos de Nuestra Señora y San José? ¿Quién puede describir con cuánta ternura hicieron a María Santísima la primera caricia? ¿Con cuánta piedad se unieron por primera vez en actitud de oración? ¿Y con cuánta fuerza, cuánta nobleza, cuánta humildad trabajaron en el taller de San José?

Manos del Hijo perfecto, ¿qué otra cosa hicieron en el seno del hogar, si no el bien?

Cuando comenzó vuestra vida pública, fuisteis principalmente el Maestro que enseñaba

a los hombres el camino del Cielo. Y así, cuando en el “pusillus grex” de vuestros preferidos, enseñabais la perfección evangélica, cuando vuestra voz se levantaba y resonaba sobre las multitudes extasiadas y reverentes, vuestras manos se movían apuntando la morada celestial o reprobando el crimen y agregando a la palabra todos los imponderables con que la enriquece el gesto. Y los apóstoles, y las multitudes, creían en Vos y os adoraban, Señor.

Manos de Maestro, pero también manos de Pastor. No sólo enseñabais, sino guiabais. La función de guiar se ejerce más apropiadamente sobre la voluntad, como la de enseñar más precisamente sobre la inteligencia. Y como sobre todo es por amor que se guían las voluntades, vuestras divinas manos tuvieron virtudes misteriosas y sobrenaturales para acariciar a los pequeños, acoger a los penitentes, curar a los enfermos. Amor tan ardiente, tan abundante, tan comunicativo, que desde entonces hasta hoy, siempre que las manos de un cristiano –y más especialmente de un sacerdote– se mueven para acariciar a los pequeños, consolar a los penitentes, administrar remedio a los enfermos, el amor

que las anima no es sino una centella de ese infinito amor, Dios mío.

PERO estas manos tan sobrenaturalmente fuertes que a su imperio se doblegaban todas las leyes de la naturaleza y, con un mínimo movimiento de ellas, el dolor, la muerte, la duda huían, estas manos tenían aún otra función a ejercer. ¿No hablasteis del lobo rapaz? ¿Seríais Pastor si no lo repeliéseis? Y si hacéis todo con fuerza irresistible, ¿cómo podría alguien no sentir el golpe del latigazo que empuñaseis?

El lobo, sí... y ante todo el demonio. Vuestra vida tornó patente que el demonio no es un ente de ficción o casi tanto, un ser al que tan raras veces le es dado el poder de actuar, que prácticamente la inmensa mayoría de las cosas pasan como si él no existiese. Los hombres hipócritas o de costumbres disolutas, ostentando ropajes de justicia y hasta de sacerdocio, todo esto aparece en los Evangelios no sólo como consecuencia de la depravación humana en virtud del pecado original y de nuestra maldad, sino también como obra del demonio, activo, diligente, emboscando allí y acullá, y denunciando a

veces su presencia con espectaculares manifestaciones de obsesión e de posesión.

Vos expulsabais al demonio, Señor, con terrible imperio, y delante de vuestra palabra grave y dominadora como el trueno, más noble y más solemne que un cántico de ángel, los espíritus impuros huían despavoridos y derrotados. Tan derrotados y tan despavoridos, que de ahí en adelante tuvieron que obedecer a vuestros apóstoles con docilidad. Por todas partes donde vuestra palabra, predicada, fue aceptada por los hombres, la impureza, la rebelión, el demonio huyeron siempre. Y sólo volvieron a extender sobre la humanidad sus alas de sombra y su poder de perdición, cuando el mundo comenzó a rechazar vuestra Iglesia, que es vuestro Cuerpo Místico. Tan derrotados y tan impotentes, que bastará que los hombres correspondan nuevamente a la gracia de Dios para que el imperio de las potencias infernales una vez más decaiga y las tinieblas, la lascivia, el espíritu de la revolución vuelvan hacia los antros secretos de los cuales hace siglos salieron.

PASTOR, vuestras divinas manos no se limitaron a blandir el cayado contra las potencias espirituales e invisibles que habitan en los aires –evocando las palabras de San Pablo– para perder a los hombres; sino que atacaron al demonio y al mal en sus agentes tangibles y visibles.

El mal, ante todo considerado en abstracto. No hubo vicio contra el cual no hablasteis.

Pero también el mal en concreto, en cuanto realizado en los hombres, y no sólo en los hombres en general, sino en ciertas clases –los fariseos por ejemplo– y no sólo en ciertas clases sino en ciertos hombres muy concretamente considerados: los mercaderes del templo están inmortalizados en las páginas del Evangelio, por el castigo ejemplar que sufrieron.

Vos, que recomendasteis la mansedumbre hasta sus últimos extremos cuando estuviesen en juego solamente derechos personales, Vos que queréis que respondamos mostrando la otra mejilla cuando recibimos una bofetada, Vos empleasteis una ardiente y santa difamación para desacreditar a los fariseos, y empuñasteis el látigo para ensangrentar a los mercaderes. Pues se

trataba, no de derechos meramente humanos, sino de la Causa de Dios. Y en el servicio de Dios hay momentos en que no recriminar, no fustigar, equivale a traicionar.

Y estas manos que fueron tan suaves para los hombres rectos como Juan, el inocente, y Magdalena, la penitente, estas manos que fueron tan terribles para el mundo, el demonio, la carne, ¿porqué están ahí atadas y hechas carne viva?

¿Acaso será por obra de los inocentes? ¿de los penitentes? ¿o bien por obra de los que de ellas recibieron merecido castigo, y contra ese castigo se rebelaron diabólicamente?

* * *

SI, ¿por qué tanto odio, por qué tanto miedo que hizo necesario atar vuestras manos, reducir al silencio vuestra voz, extinguir vuestra vida?

¿Fue porque alguien temiese ser curado? ¿o acariciado? ¿Quién teme acaso la salud? ¿o quién odia el cariño?

SEÑOR, para comprender esa monstruosidad, es necesario creer en el mal. Es preciso reconocer que los hombres son tales, que fácilmente su naturaleza se rebela contra el sacrificio, y que cuando siguen el camino de la rebelión, no hay infamia ni desorden de los que no sean capaces. Es necesario reconocer que vuestra Ley impone sacrificios; que es duro ser casto, ser humilde, ser honesto, y en consecuencia es duro seguir vuestra Ley. Vuestro yugo es suave, sí, y vuestra carga ligera. Pero es así, no porque no sea amargo renunciar a lo que hay en nosotros de animal y desordenado, sino porque Vos mismo nos ayudáis a hacerlo.

Y cuando alguien os dice “no”, comienza a odiaros, odiando todo el bien, toda la verdad, toda la perfección de que sois la propia personificación. Y, si no os tiene a mano bajo forma visible para descargar su odio satánico, golpea a la Iglesia, profana la Eucaristía, blasfema, propaga la inmoralidad, predica la revolución.

ESTÁIS maniatado, Jesús mío, y ¿dónde están los cojos y los paralíticos, los ciegos, los mudos que curasteis, los muertos que resuci-

tasteis, los posesos que liberasteis, los pecadores que reerguisteis, los justos a quienes revelasteis la vida eterna? ¿Por qué no vienen ellos a romper los lazos que prenden vuestras manos?

CURIOSA PARADOJA. Vuestros enemigos continúan temiendo vuestras manos, aunque estén atadas. Y por esto os matarán. Vuestros amigos parecen menos conscientes de vuestro poder. Y porque no confían en Vos, huyen despavoridos delante de los que os persiguen.

¿Por qué? Aún ahí la fuerza del mal se patentiza. Vuestros enemigos aman tanto el mal, que perciben, aún bajo las humillaciones de las cuerdas que os prenden, toda la fuerza de vuestro poder... y ¡tiemblan! Para estar seguros, quieren transformar en llaga el último tejido de carne aún sano, quieren derramar la última gota de vuestra sangre, quieren veros exhalar el último aliento. Y aún así no están tranquilos. Muerto, todavía infundes terror. Es necesario lacrar vuestro sepulcro, y cercar de guardias armados vuestro cadáver. Cómo el odio al bien los hace perspicaces, al punto de percibir lo que hay de indestructible en Vos.

Y, por el contrario, los buenos no ven esto con la misma claridad. Os reputan derrotado, perdido... huyen para salvar el propio pellejo. Sólo tienen ojos, sólo tienen oídos para sentir el propio riesgo. Es que el hombre sólo es perspicaz para aquello que ama. Y si ve mejor su riesgo de que vuestro poder, es porque ama más su vida que vuestra gloria.

¡Oh, Señor, cuántas veces vuestros adversarios tiemblan delante de la Iglesia, mientras yo, miserable, viéndola maniatada reputo todo perdido!

¡**P**ERO cuánta razón tenían vuestros enemigos! Resucitasteis. No sólo las cuerdas y los clavos de nada valieron, sino que, además, ni la laja del sepulcro, ni la cárcel de la muerte os pudieron retener. ¡Sí, resucitasteis! ¡Aleluya!

Señor mío, ¡qué lección! Viendo a la Iglesia perseguida, humillada, abandonada por sus hijos, negada por las costumbres paganas y por la ciencia panteísta de hoy, amenazada de fuera por las hordas del comunismo, y por dentro por los desatinos de los que quieren pactar con el demonio, vacilo, tiemblo, juzgo todo perdido.

¡Señor, mil veces no! Vos resucitasteis por vuestra propia fuerza, y redujisteis a la nada los vínculos con que vuestros adversarios pretendían reteneros en las sombras de la muerte.

Vuestra Iglesia participa de esa fuerza interior y puede en cualquier momento destruir todos los obstáculos con que la cercan.

Nuestra esperanza no está en las concesiones, ni en la adaptación a los errores del siglo. Nuestra esperanza está en Vos, Señor.

Atended las súplicas de los justos que os imploran por medio de María Santísima. Enviad, oh Jesús, vuestro Espíritu, y renovaréis la faz de la Tierra. ❖

«Por fin, Mi Inmaculado Corazón triunfará»

FÁTIMA 1917

ÍNDICE

Presentación	5
I.- Domingo de Ramos.....	7
II.- Reflexiones durante la Semana Santa	11
III.- Oración preparatoria	23
IV.- Via Crucis	25
V.- “Padre, que no se haga mi voluntad, sino la tuya...” (Cfr. Lc. 22, 42)	67
VI.- Le ataron las manos porque hacían el bien	91

Pedidos de este libro, así como otros de la misma colección, dirigirse a la campaña:

«*El Perú necesita de Fátima*»

Casilla Especial N° 14-060, Lima 14

Teléfonos: 497-1223 / 358-2270

SEÑOR JESÚS, Varón del Dolor, en vuestra Alma y en vuestro Cuerpo sufristeis todo cuanto es dado a un hombre sufrir.

Contemplo vuestro cadáver bajado del patíbulo, vuestra humanidad como que aniquilada y vuestra Sangre infinitamente preciosa derramada a lo largo de la Pasión.

Por todos los siglos de los siglos, representaréis el dolor en el horizonte de nuestras almas. El dolor, con todo cuanto tiene de noble, de fuerte, de grave, de dulce y de sublime. El dolor elevado del simple ámbito de las consideraciones filosóficas al firmamento infinito de la Fe. El dolor comprendido en su significación teológica, como expiación necesaria y como medio indispensable de santificación.

Por el mérito infinito

de vuestra preciosísima Sangre, dad a nuestra inteligencia la claridad necesaria para comprender el papel del dolor, y a nuestra voluntad la fuerza para amarlo con todas las fibras de nuestras almas.

Sólo por la comprensión del papel del dolor y del misterio de la Cruz, es que la humanidad puede salvarse de la tremenda crisis en que está hundiéndose, y de las penas eternas que aguardan a los que hasta el último momento permanecieren cerrados a vuestra invitación para seguir con Vos la vía dolorosa.

María Santísima, Madre Dolorosa, por vuestras oraciones multiplicadas sobre la tierra las almas que aman la Cruz.

Ésta es la gracia de incalculable valor, que os pedimos, en el crepúsculo de nuestra pobre y estropeada civilización.

La Tradición, la Familia y la Propiedad son los tres pilares básicos de la civilización cristiana. Preservar y restaurar esos valores en nuestra Patria es el ideal de los jóvenes agrupados en el Núcleo Peruano

Tradición, Familia, Propiedad – TFP, cuya actuación se inspira en el pensamiento y en la Cruzada ideológica del insigne batallador católico, doctor Plinio Corrêa de Oliveira, hoy extendida por los cinco continentes.

El estilo de acción de la TFP, marcado por una Fe vigorosa y una confianza indeclinable en la protección de la Santísima Virgen, es la versión en términos contemporáneos del espíritu del Caballero cristiano de otrora: en el idealismo, entusiasmo. En el trato, cortesía. En la acción, generosidad sin límites. En la lucha ideológica, gallardía y coraje. Y por el coraje, la victoria.